



**DISCURSO INSTITUCIONAL DEL PRESIDENTE
DE LA REAL ACADEMIA DE SAN LUIS
EXCMO. SR. DON DOMINGO BUESA CONDE**

1

**CON OCASIÓN DE LA INAUGURACIÓN EN HUESCA
DE LA EXPOSICIÓN “GOYA Y LA ACADEMIA”**

**EN EL PALACIO VILLAHERMOSA DE LA
FUNDACIÓN IBERCAJA
EL DÍA 25 DE ABRIL DE 2018**

Excelentísimos e ilustrísimos señores y señoras académicos
Sr. Director General de la Fundación IberCaja
Sres. Directores provincial de Educación, provincial de Ibercaja, del Museo
Diocesano y presidente de la Real Cofradía de San Lorenzo,
Señoras y señores

La Real Academia ha querido en esta tarde primaveral venir a Huesca para rendir homenaje a una de las ciudades que son claves para entender nuestra historia. Y lo ha querido hacer compartiendo con todos ustedes la exposición de ese legado artístico excelso que nos dejaron aquellos amigos del País que nos fundaron hace 225 años, en el convencimiento de que era necesario apostar por el desarrollo de esta tierra, apostar por la educación de sus gentes, apostar en suma por el futuro.

Por eso, yo debo comenzar este parlamento saludando con respeto y admiración a la vieja ciudad de Sertorio, a la ciudad de Pedro I, a la ciudad de Vidal de Canellas, a la nueva ciudad de los Lastanosa, a la ciudad imaginada de Ramón Acín, a la ciudad de nuestros académicos y académicas, puesto que en cada una de estas saluciones rendimos homenaje a unos hombres y mujeres que aportaron lo mejor que tenían para poder construir un espacio de convivencia y de esperanza que se llamaba, se llama y se llamará, Aragón.

Por eso, me van a permitir que recordemos juntos unos momentos especiales de su historia oscense, que son antes que nada momentos de nuestra historia común. Y que lo hagamos con la satisfacción y el orgullo de recordar a algunas personas que fueron los que lo hicieron posible y de mencionar a otros muchos que hicieron posible algo mucho más importante: que la sociedad aragonesa tomara conciencia de que somos herederos de un glorioso pasado, que nos debe llenar de satisfacción y que nos debe comprometer con la tarea de seguir haciendo posible un mundo mejor para nuestros hijos. Por eso, nos permitirán que esta Real Academia recuerde –a modo de ejemplo- esta tarde a tres ilustres académicos historiadores que nos han enseñado muchas cosas de lo que somos los aragoneses desde sus recoletas y tranquilas bibliotecas abiertas a la contemplación silenciosa de los montes nevados que han vigilado la Huesca eterna.

Don Ricardo del Arco fue ese símbolo de la alegría del Sur recreada entre la aridez de las piedras de Loarre o de Montearagón, a los que amó hasta la

desesperación y a los que tendió muchas manos en aquellos tiempos –espero que superados- en los que cada invierno era un paso más hacia la muerte de esos viejos edificios románicos. Don Ricardo apurando los anteojos de su condición de archivero buscó el Grial hasta en las bodegas de Jaca pero sólo encontró el aroma de su estela que lo condenó para siempre ante el general Franco contrariado por el fracaso de la operación. Y se quedó aquí hasta quedarse sordo, compartiendo sus sueños con don Federico Balaguer, ese hombre tan tímido como brillante historiador que –como tenía agorafobia supo hacer de la trastienda de su viejo establecimiento de lozas el cenáculo de libertad intelectual en el que –arropado por una escueta mesa camilla y un buen chaleco de lana- descubrió que la familia Lastanosa escondía un pasado converso o que Ramiro II supo enfrentarse a su propio destino para hacer posible el nacimiento de la Corona de Aragón, cuando su nieto Alfonso II recibiera la herencia de la gran reina Petronila que se vino a parir a esta ciudad, porque así tenía que ser para el bien de Aragón.

Y en aquella trastienda estuvieron casi todos los que hicieron de Huesca un espacio de pensar en libertad, incluido el cura más revolucionario y más humilde de su tiempo que fue vigilado con saña por el omnipresente y fragoso Gobernador Civil, que gustaba vestir de blanco. Don Antonio Durán Gudiol y sus cigarros se hicieron imagen de alguien que apostó por bajarse a los primeros siglos y liberarnos de fantasías, apariciones a granel y erróneas lecturas de documentos, para recuperar la historia de los condes de Aragón que sentaron las bases de nuestro mundo. Los siguió pergamino a pergamino, este canónigo se marchó a Roma a encontrarse con papeles olvidados, pateó el territorio altoaragonés para entender el porqué de tantas cosas... y, al final, nos regaló un relato coherente y hermoso de cómo fueron aquellos tiempos en los que nuestros antepasados navegaron entre encuentros y desencuentros, víctimas de la necesidad de defender campos y ganados.

A ellos debemos nuestro reconocimiento y en ellos queremos reconocer también a muchos más que han ido ocupando sillones en esta bicentenaria fundación de Carlos IV. Pero permítanme que me haya centrado en ellos como ejemplo excelso, máxime cuando yo les tengo que reconocer que a don Ricardo lo entendí leyendo sus magníficos trabajos y que aprendí a ser historiador de la mano de mi maestro don Antonio Durán al que, la primera vez que lo ví, lo confundí con el portero que –con unos sobres en la mano- me invitaba a seguirle para subir a ver al gran historiador que yo venía a buscar y que no podía comprender que subía las escaleras conmigo. Desde ese momento fueron más de veinte años de trabajo con él, de aprender casi

todo de él, de comprender que el historiador bueno es el que sabe que puede no acertar en nada de lo que dice.

Una tarde él me orientó a un hombre singular que se llamaba Sancho Ramírez. Y el buen amigo Sancho, con el que he compartido una relación casi extramatrimonial de 48 años, me llevó a la mesa camilla de la plaza del Mercado donde comprendí contemplando la permanente boina de don Federico Balaguer que la historia exige humildad y que cuando abres la puerta del tiempo hay que dejar el reloj sobre la mesa. Y salir sonriendo y felices –con esa alegría que trasmitían los tres- a la espera de lo que salga, como si fuéramos a esos viajes apasionantes que nos contaba con mucha ceremonia el médico don José Cardús cuando afirmaba que a él le llevaron al románico los partos de nuestras mujeres, de iglesia a castillo y parto que me toca, que por cierto es camino bien rebuscado.

Este ejercicio de afecto que está en la entraña del espíritu ilustrado que nos hizo nacer como Real Academia, debe ser profundamente instructivo para todos nosotros. Pero, especialmente para las generaciones que nos están siguiendo y seguirán en la tarea de contar la historia de la sociedad y de la historia del arte. No se puede salir a este albero sin saber que esta arena está hecha de miles de horas de esfuerzo y de dedicación, de muchos hombres y mujeres que han ido trabajando en el pasado, que acertaron y que se equivocaron gracias a Dios porque si no, no sé qué haríamos. En resumen, todos esos historiadores y eruditos a los que ignorar es propio de ignorantes y despreciar es propio de aquellos que no son profesionales y necesitan buscar ese minuto de gloria sobre la indignidad de su escaso saber. Como decía el teólogo alemán Karlheinz Deschner, en 1993, “en las cabezas huecas se puede tocar bien el tambor, Y cuanto más hueca la cabeza, mayor el eco”.

Además esto se puede decir con mayor convencimiento en esta ciudad, en la que no faltan hijos ilustres desde los tiempos de san Lorenzo –que regaló a esta tierra el testimonio más preciado de aquella Pascua, convertido en el Santo Grial- hasta los momentos de Antonio Saura que se debaten entre el pesimismo y la franqueza tan propios de estas llanuras de horizontes lejanos. Entre ellos se sucede una importante nómina de personas que enriquecen el vivir de esta ciudad que ha sido el espacio universitario por excelencia desde siempre, el lugar en el que se han dado pasos al frente desde los estudios astronómicos de Pedro Alfonso hasta la salvaguarda del patrimonio por Carderera o el descubrimiento por Fidel Pagés de la anestesia epidural.

Por tanto, esta tarde que recuperamos ese trabajo callado y sólido que se llevó a cabo en la escuela de dibujo de la Real Academia y que ustedes han

conocido tan magistral y acertadamente por los académicos Alvira, vicepresidente de esta Real Corporación, y Lasala que es la comisaria de la exposición, a los que agradezco su trabajo, quiero hacer una llamada en la ciudad de la invicta universidad Sertoriana al respeto por el legado de nuestros mayores. Decía el otro día inaugurando la exposición de “Teresa de Ballabriga, infanta de España” que es bueno que abandonemos ese afán por despreciar al otro, que acabemos con el fanatismo como camino de reafirmación personal, puesto que ya saben que el fanatismo es el gran arquitecto de las fronteras que marginan y envilecen. Si razón tenía Montesquieu cuando escribía que hasta la virtud necesita límites, no le faltaba razón a Pignatelli cuando escribía que sólo de la comprensión y del entendimiento de los problemas de los demás puede salir la luz para uno mismo.

Entender es saber, saber es estudiar, estudiar es avanzar. Aprender es el reto de nuestros fundadores que lucharon por recuperar la maravillosa capacidad de construir progreso desde el individuo, desde el ciudadano que se siente de un lugar y que quiere ser útil a ese lugar. Es evidente y no hace falta que se lo recuerde a ustedes que merece la pena comprometernos con esta tierra, con esta sociedad, con esta gente de la que formamos parte. Merece la pena sabernos de aquí y desde ese momento sabernos del mundo, porque la historia es todo menos una batalla de buenos contra malos.

Y eso es preciso decirlo aquí donde nacieron nada menos que tres reyes: Petronila, su hijo Alfonso II y su nieto Pedro II, y donde se asentó ese segundo eslabón que hizo posible que el reino de Aragón llegara a las llanuras del Ebro asumiendo en su esencia ese legado de los hispanos oscenses musulmanes, que no musulmanes oscenses por mucho que se empeñen algunos incultos intransigentes del continente africano. Un legado de gente hispana no africana que fue maravilloso y que tuvo una enorme importancia cultural desde tiempos del oscense Amrús ben Yusuf que era de Huesca y que gobernó el califato cordobés en el paso del siglo VIII al IX.

Estamos comenzando la andadura del año 2018, un año de muchas celebraciones milenarias y centenarias en la ciudad de Zaragoza, que no hubieran sido posibles sin la aportación de las gentes de esta ciudad de Huesca: de sus guerreros, de sus políticos, de sus religiosos, de sus juristas, de sus catedráticos, de sus pastores. Y estamos celebrando la conversión de Zaragoza en la ciudad real de Aragón, aunque a mí me gusta hablar de su conversión en capital de Aragón si bien ya sé que ese concepto tal y como lo

entendemos ahora es posterior porque sabemos que las cortes eran itinerantes.

Pero, me permitirán que lo utilice apoyado en la autoridad de lo que dice mi amigo profesor y novelista José Luis Corral que, en su magnífico libro “Historia contada de Aragón”, le explica en el capítulo VII a su sobrino que “Comparada con Jaca, capital del Reino de Aragón. Huesca sí que lo era”. Aunque ustedes gocen de esta galanura escrita de su puño y letra por el profesor Corral permítanme que como hijo adoptivo de Jaca reivindique como requiebro nuestra condición de primera capital de Aragón, utilizando las palabras del citado medievalista. Y después de estos donaires tan barrocos que hubieran gustado al mismísimo Baltasar Gracián, ustedes y yo hagamos inmediata profesión de fe y –como si el libro del amigo fuera el catecismo– aceptemos la trinidad evidente que nos sugiere este texto de José Luis Corral. Jaca primera capital de Aragón, Huesca una ciudad más notable y también capital de Aragón, y para que no se enfaden los del valle del Ebro que nos acompañan: Zaragoza la tercera capital de Aragón. Todos contentos y ya saben que decía el poeta barroco George Chapman que “un hombre feliz es un bien común”.

Estamos hablando de cómo se ha construido Aragón con las ciudades, estamos poniendo sobre nuestras manos la memoria histórica de tres ciudades que marcan la historia del origen, consolidación y expansión de nuestro reino. En suma, la pasión por Aragón de tres ciudades que nacieron amparadas por santa Orosia, por san Lorenzo y por san Valero. Tres ciudades que son el mejor testimonio de que Occidente se ha ido haciendo del trabajo y de la ilusión de los hombres y mujeres que vivieron los amaneceres y los atardeceres desde las murallas de las ciudades.

Hoy no hay murallas, pero siguen estando esos hombres y mujeres que son capaces de inventar el porvenir desde las piedras de Montearagón, desde el archivo de la catedral o desde esa trastienda que sabe de secretos y de empeños por construir un mundo dispuesto a vivir la Historia desde el respeto y la tolerancia. Nuestra Historia. La historia de nuestros hijos. La historia de todos los que creemos que la vida es el mejor regalo que nos ha hecho el tiempo. Ese tiempo que también nos ha regalado a los aragoneses ese espacio entrañable y fundamental que se llama Huesca.